

Anissa B. Damom

Jueces

P. Somarriba



Nova Casa Editorial

ANISSA B. DAMOM

JUECES

Nova Casa Editorial

A ti. Papá, allá donde estés, por ser testigo de mis aciertos y tropiezos. De tu mano empecé este sueño y de tu mano lo acabo.

A ti también, abuelo, aunque tampoco has llegado a verlo, cumplí la promesa y puse mi nombre en la portada. Siempre creí que, llegado el momento, serías mi ángel de la guarda, sin saber que no estarías solo en esa labor.

A vosotras, sus mujercitas, porque juntas hemos aprendido la importancia de volver a sonreír.

Y a ti, Joaquín, por ser mi Christian, de todas las maneras en las que podrías serlo.

INDICE

Prólogo

PRIMERA PARTE

Vacío

A palo seco

La madriguera del lobo

Sorpresas varias

A la deriva

Interrogatorio

Historias de terror

Entre bambalinas

Opciones

Hambre

Espejito, espejito. ¿Quién es la más bella?

Con piel de cordero

Un silencio dice más que mil palabras

Sobre la razón y el corazón

SEGUNDA PARTE

Verdades y mentiras

Centro de atención

En carne viva

Ira

Fuego

Caída libre

Plan

En primera línea

A hurtadillas

Gran predador

Pasado imperfecto

"Animal"

El origen de todo

Eternidades cruzadas

Recuerdos del pasado

Lealtad

TERCERA PARTE

Incertidumbre
Paredes que hablan
El lago azul
Corre, corre que te pilló
¿Esperanza?
Control
Luces de invierno
A flor de piel
El día de mañana
Como perros y gatos
Muros de cristal
Sangre
Polvo
Epilogo
Lena
Agradecimientos

PRÓLOGO

Christian Dubois

Con un chasquido brusco todo se detuvo. Todo ese dolor, toda esa agonía, todo ese sufrimiento... Sus ojos, que habían perdido todo tipo de luz o de esperanza, parecían apaciguados. Esos ojos que habían rozado la locura después de horas de martirio. El ambiente estaba impregnado de un olor característico. Ese que tienen las cosas oxidadas y viejas, que se te mete en la nariz y lo saboreas en el paladar. Tenía las manos pegajosas y apretadas, [las salpicaduras y charcos del líquido rojo cubrían aquella pequeña sala, mezcladas con la vida derramada.

No era cazador, pero siempre había encontrado cierto placer y fortaleza en el dolor que provocaba. Lo reconfortaba, lo hacía sentir lleno y conseguía que el calor regresara a sus dedos. Pero ese mismo dolor que lo extasiaba y que era más poderoso que cualquier droga y que cualquier veneno... ahora no servía de nada.

Sentirlo en su propio cuerpo no producía el mismo efecto y no entendía el motivo.

¿Siglos de existencia tranquila y relajada lo habían ablandado? No. eso no podía ser. Él no podía haber perdido sus capacidades. ¡Él! Que había torturado a grandes personajes de la historia solo por añadirle interés al asunto. Que se había alimentado de generaciones enteras en una sola noche... No, él no... Pero, ¿qué quedaba ya de aquel gran predador? ¿Solo una pantomima grotesca y débil? ¿Ese iba a ser su legado?

El destino era irónico y la esperanza parecía una utopía. Llevaba tanto tiempo vagando sin más motivo aparente que el de exhibir una crueldad sin límites... Y ahora que

encontraba un motivo verdadero para existir... ocurría aquello.

No podía permitirlo. Ese no podía ser su final. Apretó los dedos en forma de garra y los hundió en su pecho. Rompiendo piel, músculo, costillas y nervios llegó a palpar su propio corazón. Latía, lento y pausado, a pesar del dolor que estaba soportando. Sus dientes rechinaban. Se detuvo. Podía acabar con todo aquello. Un tirón y un último suspiro. No era una perspectiva tan mala. Si no lo hacía él cualquier otro lo haría en breve. No. Estaba decidido. Iba a arrancarse el corazón. Tomó aire por última vez. Apretó con fuerza, pero en ese mismo momento su corazón dio un brinco.

Su destino ya no le pertenecía a él.

Entonces, su corazón empezó a latir con más fuerza y, de repente, sintió algo que rara vez había sentido: miedo. Sacó las manos del pecho. Su respiración se transformó en tremendas exhalaciones y se desplomó en el suelo mientras se retorció de dolor. En realidad, siempre lo había sabido. Desde el mismo instante en que la había visto. Así que cerró los ojos y vio su rostro una vez más.

Tenía un trato y debía cumplirlo.

Mientras su cuerpo se retorció, los alaridos se ahogaron en la noche...

PRIMERA PARTE

Y el muro, al fin, cayó ante mis ojos...

Vacío

Supé que no volvería a ser la misma desde el preciso instante en que le miré a los ojos, a él, al asesino, al gran predador del que estaba enamorada, y todo lo que creía conocer cayó en pedazos. Ese pequeño segundo en el que mis entrañas despertaron, gritando a pleno pulmón y vi mi propia muerte en sus ojos.

Pero ahí estaba yo, después de haber pasado por cosas que solo te ocurren en las pesadillas, delante de la persona que más amaba del mundo e intentando no romper a llorar. No importaba cuántas veces me hubiera advertido del error de quererle, ni siquiera el hecho de que yo misma le hubiera visto como un animal sediento de sangre... Nada cobró sentido hasta ese momento, hasta ese instante, tras haber tenido el primer recuerdo de mi pasado, de mi vida humana: mi muerte.

El techo se derrumbaba sobre nuestras cabezas en aquel piso abandonado, fruto de la pelea entre Liam y Jerome que, segundos antes, había destrozado todo el interior.

Los fragmentos de cemento y yeso enmarcaban su figura al caer mientras él se mantenía ahí, quieto, con la misma expresión de temor y sorpresa con la que había recibido las palabras de Jerome. La Orden aún nos seguía, acompañada de quién sabe cuántos grandes predadores. La herida todavía ardía en mi pecho, justo en el lugar donde Hernán había clavado el puñal... E incluso yo permanecía plantada en el mismo sitio, frente a él, mirándolo, incapaz de creer lo que había visto. Y. sin embargo, de pronto, todo era diferente.

Los segundos parecían horas, los minutos semanas... hasta que el mundo entero se detuvo. Mi mundo.

—Lena... —repitió Christian. Sus ojos, fríos como el hielo, parecían cubiertos por una sombra.

No entendía nada. Era él. Christian. El mismo Christian Dubois que me había salvado de guardianes y grandes predadores. El que se había revelado contra una naturaleza que no le permitía amar. Por mí...

—Apartaos de ella. —Esta vez fue Liam quien habló. Durante ese lapso infinito de tiempo me había olvidado de él, herido por Jerome al otro extremo de la habitación. Su voz, aunque dura y firme, totalmente contraria al tono amable y cálido al que acostumbraba, sonaba amortiguada en mi cabeza, demasiado lejana... Yo solo podía mirarle a él. Lo demás no existía.

—¿Fuiste tú? —musité. Deseaba que la pregunta le molestara, que la duda le encolerizara para así tener la esperanza de que no fuera cierto, pero...

—La Orden está aquí—fue su única respuesta—. Ve con él.

—Yo. —Apreté la mandíbula con fuerza. Mi voz aún temblaba, pero sonó más firme—. Respóndeme.

De nuevo, no dijo nada. Ni una sola palabra, y ese silencio fue como si el puñal de Hernán volviera a clavarse en mi corazón.

A mi izquierda, un sonido metálico penetró a través de la ventana, acompañado por unas voces. Alguien peleaba ahí abajo.

—Son ellos. No queda mucho tiempo —anunció Liam. Escuché perfectamente cómo alguien subía las escaleras hacia nosotros—. Debemos marcharnos.

—¡No te acerques! —exclamé al sentir que daba un paso hacia mí. El dolor crecía tanto que iba a volverme loca—. ¿Lo sabíais? —Esta vez me dirigí hacia el cazador. Sentía una presión enorme en el pecho—. ¿Vosotros lo sabíais?

El suelo vibró bajo nuestros pies.

—No es el lugar, ni el momento, Lena. Debemos marcharnos. Cuando llegemos a L...

—¡Te he hecho una pregunta! —exigí.

La puerta se abrió de golpe y la impresionante imagen pelirroja de Lisange surgió de entre la nube de polvo que comenzaba a formarse a nuestro alrededor.

—Menos mal que estáis bien —dijo, apresuradamente—. Tenemos un par de minutos antes de que ellos... Un momento, ¿qué está ocurriendo aquí? —Volvió a cerrar de golpe y cruzó la habitación para colocarse junto a Liam y mirar por la ventana—. El edificio va a derrumbarse y la Orden está a la vuelta de la esquina. ¿Por qué seguís aquí?

Ninguno respondió. La tensión se cortaba en el ambiente. Ella pasó la mirada de mí a Christian y después a Liam y una expresión de pánico se apoderó de su perfecto rostro. Supe en seguida que había adivinado lo que acababa de recordar y esa reacción me confirmó lo que el recuerdo había revelado. Que ella, mi fingida hermana y mejor amiga, había estado ahí la noche de mi muerte.

En cambio, antes de que pudiera decirle nada, el techo comenzó a desplomarse, primero algunos trozos para, instantes más tarde, hacerlo totalmente con un gran estruendo que lo invadió todo.

Conseguí mantenerme en pie pero cerré los ojos porque el aire se llenó de polvo. Parpadeé y, al abrirlos, los De Cote desaparecieron de mi vista. En su lugar, una viga enorme cruzaba la sala de pared a pared, separándonos a Christian y a mí de ellos.

—¡Lena! —exclamó Liam. Lo único que se veía de él era su brazo que, en esos momentos, agitaba por un hueco tras la viga—. ¡Coged mi mano!

Le ignoré. Me agaché despacio y rodeé la empuñadura de la daga de Jerome, que había caído a mis pies minutos antes. Alguien partió la puerta de entrada varios pisos por debajo.

—¡Coge su mano, Lena! —repitió Lisange—. ¡Maldita sea! ¡HAZLO!

Aunque hubiera cogido su brazo, no habría podido sacarme de allí. No ahora que Christian y yo habíamos quedado atrapados entre la viga y la puerta a la que Orden se acercaba. Ellos, en cambio, tenían la opción de huir por la ventana. Christian seguía observándome, serio y oscuro. Inmutable. Sus perfectas facciones no delataban ya ninguna expresión.

—¿Vas a matarme? —preguntó con voz grave y serena.

—¡LENA! —Gritó Liam intentando partir la mole a golpes—. ¡LENA! ¿Debería? —Mi voz se quebró al final de la pregunta.

—¡Hay que marcharse, Liam! —Oí a Lisange a un lado—. ¡Vamos!

Christian no respondió. Solo me mantuvo la mirada. Eso dolió aún más.

—¡No podemos dejarla! —seguía Liam.

—La Orden entrará aquí en cuestión de segundos.

Lisange estaba en lo cierto. Lo sentía en cada parte de mi cuerpo.

—¡Maldita sea Lena! —Liam aún extendía su mano—. ¡Lena! ¡Por favor!

Lisange tiraba de él con fuerza.

—Hay que irse. ¡Ahora!

—¡Volveré a buscaros! —Me gritó por última vez—. ¡Lo haré!

Cogió a Liam con fuerza y ambos se esfumaron por la ventana.

Entonces. Christian y yo nos quedamos solos. Completamente solos. El puñal temblaba con mi mano...

Un sonido atronador ascendió por el hueco de la escalera.

—Puedes matarme si es lo que deseas —dijo con voz helada—. Es tu derecho. Pero no conseguirás nada haciendo que acaben contigo.

Subían. Los sonidos cada vez estaban más cerca. Tal vez a un par de pisos de distancia.

—Aún no lo habías dicho —le recordé—. ¿Fuiste tú?

—Mi respuesta no va a gustarle.

Sentí que mis labios vibraban.

Ni siquiera pude seguir manteniéndole la mirada. Esos ojos que de alguna manera siempre me habían ofrecido cobijo, no decían nada en ese momento. O, por lo menos, nada que yo estuviese dispuesta a aceptar. Retrocedí, dejando caer el arma al suelo.

De ser humana, habría llorado, de ser Lena, habría gritado... Sin embargo, en ese preciso instante no era ninguna de las dos. En ese momento todo había cambiado, No quería llorar, no quería huir... Solo desaparecer.

Entonces, la puerta se vino abajo y decenas de grandes predadores se abrieron paso entre los escombros. No era la Orden, al fin y al cabo.

—No permitas que lo haga —me dijo, completamente serio—. No permitas que toque tu corazón.

Antes incluso de poder preguntarme qué había querido decir, sentí un golpe en un hombro y caí de rodillas al suelo. Alguien cubrió mi cabeza y mi visión quedó a oscuras. Lo último que vi fue el cuerpo de Christian desplomarse en el suelo mientras varias figuras le rodeaban...

A palo seco

No pude pensar. Mi cuerpo dio contra el suelo mucho antes de que pudiera asimilar nada de lo que acababa de descubrir. Intenté abrir de nuevo los ojos, confundida, pero apenas fui capaz de mantenerlos abiertos unos segundos. Mi corazón ardía con un extraño y penetrante escozor que se extendía por todo mi pecho. Así que me encogí, porque no tenía fuerzas para nada más. Ya no se oían escombros, gritos, o peleas. En su lugar, una extraña quietud vibraba contra mis tímpanos, acompañada de un extraño crujido constante. Intenté recordar dónde me encontraba; Lodo lo que ocurrió desde que aquel piso destrozado comenzó a derrumbarse estaba borroso. Recordaba la puerta viniéndose abajo, los grandes predadores entrando y a Christian en el suelo... Nada más. Lo único que tenía claro era que ya no estaba allí. Había estado inconsciente, aunque ignoraba durante cuánto tiempo. Sin embargo, las palabras de Christian retumbaban en mi mente como si acabaran de ser pronunciadas.

Entonces, oí unos pasos. Ladeé la cabeza en la dirección justo en el momento en que alguien quitó de forma brusca la tela que cubría mi cabeza y mi pelo cayó en cascada sobre la espalda. Poco a poco, algo empezó a tirar de mí hacia arriba. El eco metálico y chirriante de las poleas invadió el silencio a modo de macabra banda sonora y no cesó hasta que quedé suspendida en el aire con todo el peso de mi cuerpo sostenido por mis brazos. Mis huesos se relocalaron con un doloroso crujido. Grité.

—Soltadme —balbuceé a continuación con un débil gemido.